

cumpleaños; la desaparición sobre todo de su pequeña hija, y el conmovedor destino final de su madre, buscando infructuosamente a su nieta en Chile. Una historia terrible, pero no distinta de tantas otras. Una historia por la cual ella siempre culpará a Ali.

Así lo que Mariana y Ali se cuentan no sólo nos lo revela a ellos. También revela a los ausentes, y modifica todo el panorama. Mariana, al sentirse vieja, abandonada por Vásquez, comprenderá que ha llegado a un punto muerto. A partir de él recobra sus propios valores, valores convencionales si se quiere, pero suyos, por fin, y no impuestos. Regresa a su país a manejar un negocio de flores. Vásquez, por su parte, decide por fin irse a vivir con Ada. Al hacerlo, comprende, aterrado, que ya nunca volverá a su tierra. Que también es un hombre viejo. Como se ve, no se trata de seres de una pieza, sino de parejas que se deshacen luego de emociones y sufrimientos compartidos durante años. De proyectos que se cancelan, a los cuales habían dado lo mejor de sí, y de libertades imprevistas que arrasan con reglas y prejuicios dejando a la gente «libre hasta para matarse». Del lado de los jóvenes vemos, también, seres que ya desde los veinte años, o aún antes, han sabido, en carne propia, lo que significa la persecución y la mutilación mental y física, no teniendo perspectiva distinta que la política, y que sólo ahora, muy lejos del agobio enfebrecido y repentinista en que vivían, empiezan a percibir los cien distintos tonos de gris existentes entre el negro y el blanco.

Sólo que los casos particulares se insertan modificando, y a la vez siendo modificados por la comunidad en que conviven. En el tercer capítulo, «El desalojo», la tonalidad colectiva vuelve a primar sobre la exacerbadamente individual. 6.000 personas, hacinadas en la estación, en las construcciones aledañas, o reactivando el comercio en el centro de la ciudad, se unirán en un mitin para impedir el desalojo. «Apoteosis levantada sobre la nada»; será éste el momento de mayor gloria y de mayor ignominia en la carrera de Vásquez: palpó el fervor de la muchedumbre y no logró nada.

Gracias a tal momento de confrontación pública es factible medir la inutilidad de su prédica. Pero no sólo de la suya. También el rastrero sentido común de los jóvenes habilidosos, y «la tarea de hormiga, ingrata y sin término, que era la concientización de las masas», llevada a cabo por los viejos militantes. Así, por lo menos, lo entiende Luis, eje receptor de todos estos influjos, al comprender que ha sido utilizado por Vásquez y comprender, también, que ni la rapacidad y las ambiciones cortas son suficientes. Se necesita un poco de locura para ser un hombre de verdad.

Entre lo que definitivamente no pueden cambiar ni volverse otros, en una petrificación casi biológica y los que se diluyen del todo, asimilados por el nuevo estado de cosas, algunos de estos jóvenes sobre los cuales la novela se sostiene, sin decir mucho, padecerán no sólo la voluptuosidad de su propio dolor, la búsqueda infructuosa de chivos expiatorios y la avidez cada vez más compulsiva con que los mayores les vampirizan, sino, sobre todo, el ímpetu arrollador de la vida derrumbando sus previsiones, si las hay, y arrastrándolos, aturdidos en su poderosa marea renovadora. La culpa ya no es lícita. Sólo queda el futuro, que no existe. De allí emana una doble verdad: cómo es de olvidable un cuerpo muerto y cómo ese país donde se hallan «puede ser tan bueno como cualquier otro». En todo caso, mejor que el suyo,

donde la situación los había agarrado por la garganta, inmovilizándolos y obligándolos a tomar partido. A internarse en ese callejón sin salida, donde sólo el fuego de la violencia podía iluminar tanta confusión. Aquí, en cambio, nada los priva de ellos mismos: están solos, frente a un destino que les pertenece, por entero. Han quedado atrás las viejas letanías de la protesta. «No hay a quién ayudar, ni a quién acusar, ni de quién vengarse». No hay causas nobles ni falacias redentoras. Las utopías muestran por fin su verdadero rostro. El reverso que es todo paraíso impuesto a la fuerza. «Los campos de refugiados eran la misma cosa en cualquier parte del mundo: gente hacinada que come, duerme, defeca y espera.» Demolida la estación, Mariana volverá a su patria; Luis se irá a México, continuando su labor proselitista; Vásquez morirá, a los cinco años, y Ada creará, en su nombre, una fundación en pro de los derechos humanos. Hay allí, en el amargo rictus sardónico del post-scriptum, una como necesidad casi física de la autora por terminar con esa entelequia que es la estación: ese país real al cual alude la ficción. No sólo la tartufería mentirosa de que el fin justifica los medios y la verdad revolucionaria exonera de cualquier bajeza cometida en su nombre, sino, también, una voluntad de demolición que llega hasta lo grotesco como exorcismo compensador: los ultras considerarán que lo más provechoso del mitin fue el conocimiento que adquirieron sobre las letrinas portátiles que ahora, buenos pragmáticos⁴, se proponen comercializar en la ciudad.

El neblinoso descontento

Tomar partido a favor de la vida. Ser libre, adquiriendo obligaciones. La novela, sin ningún moralismo, parece proponer estas opciones. Más allá, la obsesión suicida por el poder y la superficialidad emocional que tal lucha acarrea, más allá del vacío neurótico y la violencia institucionalizada, con sus heladas simetrías, de parte y parte, ella busca una autodeterminación genuina. Un retorno a lo elemental. Lo decisivo, de golpe, puede ser comprarse un vestido nuevo, o pasarse, de mano en mano, un libro de poemas de Auden.

Esto podría parecer infantil. En todo caso, es menos engañoso que creer que el país, gracias a ellos sería distinto de lo que había sido y seguiría siendo, reconstruyéndolo desde fuera y luego reinsertándolo en su lugar. El neblinoso descontento se ha trocado en una lívida certeza. Ante tanta muerte, cualquier hálito de vida se ha hecho decisivo.

Además ni la resignación de los que se quedaron adentro ni la presión internacional de los que están afuera lograrán, ellas solas, despojar a los asesinos de su poder. Estas dos fuerzas conjugadas, además de muchas otras, irán incidiendo en estructuras que también se desgastan, pero las cuales, de algún modo, perpetuamos al interiorizarlas en nuestras relaciones cotidianas. En nuestros hábitos ya inextirpables.

⁴ VLADIMIR BUKOVSKY, en su libro *El dolor de la libertad*, dice: «El pragmatismo no es más que una denominación cortés de la falta de principios; por eso parece tan cómodo a primera vista. Los pragmáticos prosperan bajo todos los regímenes, convienen a todos los poderes, porque siempre dan apoyo a la fuerza, independientemente de lo que esta fuerza represente. Es precisamente por eso que los odian siempre, más incluso que a los verdugos. A éstos cuando llegue la hora, los llevarán a la horca; los pragmáticos, en cambio, sabrán salir bien librados». Editado por Emecé, Buenos Aires, 1983, pág. 209.

Finalmente, la novela reafirma su fe en lo femenino como posibilidad de reconstrucción, en contra del peso oprimente con que los hombres aquí descritos han deformado la vida de estas mujeres, inculcándolas su fanatismo. «De ese tránsito continuo entre la tierra firme y el barco a la deriva estaba hecho su equilibrio», se dice una de ellas, y son ellas las que romperán la marginalidad estéril con que sus compañeros las limitan a la estación, prolongando un sojuzgamiento secular. La dureza de Mariana y su habilidad para cortar lazos; la persistencia de Ana, la tipógrafa; la juventud de Alicia, la nueva compañera de Ali: todas ellas mostrarán con sus actos las patéticas limitaciones de los hombres, empeñados en su tarea de autodestrucción.

Varios de los temas de una novela como ésta han sido ya computarizados por las ciencias sociales. ¿Cuántos matrimonios, por ejemplo, de exiliados chilenos, argentinos o uruguayos, se han deshecho en México o Europa? Las cifras, de seguro, se saben, pero la vívida conciencia que un texto como éste nos da tiene la urgencia emotiva que ninguna estadística es capaz de reflejar. No nos refiere un caso: nos sumerge en un nudo inextricable de relaciones y problemas. Vuelve el asunto mucho más complejo.

Si el tiempo, impiadoso, empieza a darnos la sensación de que la década del 70 al 80 fue otra época infame, una más, en la historia de América Latina, esta novela, nada reivindicatoria, saca a la superficie muchas cosas que permanecían ocultas. Como lo ha dicho Simone de Beauvoir al final de la película *Simone de Beauvoir, por ella misma*, 1978: «Escribir embalsama el pasado, impide la corrupción, pero también lo deja un poco fijo, momificado.» Gracias a la novela, los hechos siguen vivos, allí delante nuestro. Gracias a ella también aparecen cancelados: tienen una fecha. Parábola y testimonio, al leer estas páginas, nuestra memoria las recrea, cambiando lugares y nombres, haciéndolos nuestros en cuanto que es un texto que nos concierne, pero deja, a su vez, intacta la forma gracias a la cual se plantea, con tanta lucidez y tanta perspicacia, esa situación básica: la del exilio. Por ello, he querido seguirla, con tanto detalle, usando sus propias palabras.

Pocas palabras, por cierto, pero siempre esenciales. Se podría aducir, además, que la generalidad de los exiliados no era así, que se trata de excepciones. Pero aquí radica el quid de la cuestión: para un novelista no hay generalidades, sino Flora, Torres, Vásquez o Ali. Sólo hay seres concretos, a la vez comprensibles e impenetrables. Humanos. Y ellos resultan excepcionales, no en la realidad de sus acciones, sino en la realidad de esa interacción que la escritura desvela poco a poco. Interacción con ellos mismos, con sus compañeros, con el mundo que tienen allí mismo, con el que dejaron atrás. Ni la historia, ni la sociología, ni la economía, ni la psicología, alcanzan a explicarlos. Son las palabras de la autora las que arrojan un poco de luz, un poco de sombra. Las que los rescatan, tal como fueron: débiles, contradictorios, cálidos, generosos, mezquinos, infames... «Toda mujer que escribe es una superviviente», dice Adrienne Rich, la poeta norteamericana en su libro de ensayos *Sobre mentiras, secretos y silencios* (1966-1978), y allí mismo, citando a Emily Dickinson, añade: «Di toda la verdad, pero dila sesgada. Es siempre lo que está bajo presión, en nosotras, especialmente bajo la presión del ocultamiento, lo que acaba explotando en poesía»⁵.

⁵ Editorial Icaria, Barcelona, 1983, pág. 190.